

La Verdad está aquí dentro. Bibliotecas y Bibliotecarios para el próximo milenio

José Antonio Palao



Este artículo fue originalmente publicado en dos partes en 'El Péndulo', suplemento cultural del Minidiario, (14 y 28 de mayo de 1999) formando parte de una serie dedicada a las Instituciones Culturales en el siglo XXI.

Resulta complejo y arriesgado realizar un pronóstico sobre el porvenir de una institución cultural que, en cuanto tal, es, sin duda, la más antigua de todas. Museos, auditorios, locales de espectáculos o cualquier otra clase de archivos tienen una historia menor que las bibliotecas, pues la escritura es el primero de los instrumentos de conservación del saber y la experiencia con los que ha contado el ser humano. Tal vez, lo paródico del título que le he dado a este artículo pueda proporcionar alguna pista sobre ese futuro. Ante todo, es un eslogan y ello indica que nos hallamos, rasgo novedoso para nuestra institución, en un entorno de mercado. El mercado capitalista moderno dista mucho de sus versiones anteriores. Si hace falta una estrategia de *marketing*, es porque, a diferencia del zoco, en el Mercado (con mayúsculas) uno no ofrece lo que tiene, sino lo que también tienen otros. El moderno, es el mercado de la competencia. Creo que éste es uno de los rasgos que pueden distinguir el futuro inmediato de las bibliotecas de su milenario pasado. En efecto, tanto los nuevos formatos y soportes (ópticos y electrónicos), la posibilidad de integración de las diversas morfologías (texto, imagen y sonido) de la información en documentos *multimedia*, como la posibilidad de reducirlos a lenguaje binario, multiplicarlos y transmitirlos, harán que una biblioteca sea mucho menos un enclave de

tesoros únicos, raros o curiosos que un nódulo en la tarea global de diseminación de la información.

Por ello, la catalogación compartida es uno de sus retos para el futuro y el presente. Las bibliotecas están llamadas no tanto a ser el orgullo de los pueblos como una potente herramienta para el desarrollo de las poblaciones; van a tender menos a ser archivos que exhiban ufanos su patrimonio, que centros que suministren a su entorno, de forma selectiva, la globalidad de la información producida en el planeta. A lo largo de todo este siglo, hemos vivido un proceso de desjerarquización del conocimiento que ha dejado obsoletas las sólidas y rígidas herramientas clasificatorias de antaño y ha obligado a los especialistas en el almacenamiento y difusión de la información a utilizar instrumentos combinatorios que satisficieran los intereses concretos de cada usuario, de cada investigador. Las antiguas divisiones académicas se han demostrado inoperantes.

La *World Wide Web* en *Internet*, tal vez, sea el mejor ejemplo de cómo la información se multiplica y expone, sin un orden globalmente preconcebido, desde emisores particulares hacia destinatarios que habrán de saber encontrarla. De ahí, su estructura de red y no arborescente, como alguno de sus predecesores (pienso en los

cada vez más raros servidores *gopher*); pero, también, que la presencia de buscadores (*Yahoo*, *Altavista*, *Lycos*, etc.) sea inherente a su estructura, y que su insuficiencia e inevitable parcialidad (*id est*, especialización en determinadas zonas topográficas y/o temáticas de la *red*) haya acabado generando la construcción de *metabuscadores* (*Metacrawler*, *Buscopio*) que buscan el buscador más adecuado para encontrar los documentos pertinentes para una determinada demanda o necesidad de información. De ahí, también, que el **enlace** (*link*; según el popular término inglés) se haya convertido en la institución nuclear de la red. Pero, aquí, ya hemos topado con una mutación estructural, pues la producción del conocimiento se convierte en algo colectivo y a ello se debe que los conceptos de referencia de las tradicionales disciplinas bibliotecológicas o filológicas como el *autor*, la *obra* o incluso el *texto*, hayan perdido parte de su apaciguadora estabilidad referencial. El concepto de *hipertexto* nos ofrece una visión del conocimiento global (que no, al revés) como una emarñada red de referencias cruzadas, de incalculable potencial productivo y creativo, que puede perfectamente quitarnos el sueño al extraernos del limbo imaginario de un saber orgánico, de un **Tesoro** del conocimiento universal.

¿Cuál es el papel del bibliotecario en este panorama? Me apetece contestar de forma contundente: el gestor de la información, el documentalista, habrá de ser un *gestor de la angustia* del particular ante una avalancha de información que no puede sino desbordar las expectativas de control de su usuario potencial. El volumen de información no organizada, desjerarquizada, es directamente proporcional a la impotencia de su presunto destinatario. El documentalista, el bibliotecario, es el puente insoslayable entre ese conocimiento desmesurado y las necesidades concretas para cada acción (investigación, empresa, estudio, recreo...) del particular. ¿Está el gremio preparado para ello? No es la imagen futura, sino la presente, del bibliotecario contemporáneo la que me hace afirmar que se trata de uno de los sectores profesionales más decididamente intrépidos ante las mutaciones que las nuevas tecnologías están propiciando en nuestra cultura. Más allá de romanticismos ingenuos, el bibliotecario actual puede ser un gran amante del libro pero, con el ordenador, estaba soñando

desde hace mucho tiempo. El libro es un gran sistema de almacenamiento y presentación de la información: la posibilidad de acceso aleatorio, la conservación de la secuencialidad en un formato manejable manualmente, hacen de él un instrumento tecnológico valiosísimo. Pero creo que no hay duda de que la tala de bosques a gran escala se torna prescindible cuando, en vez de hablar de obras literarias o valiosas monografías, nos remitimos a inmensas obras de referencia (enciclopedias, directorios, incluso muchos diccionarios) que encuentran en el *hipertexto* electrónico su sustentáculo natural y en el CD-ROM o en la Red su soporte idóneo.

A todos estos retos de conservación, recuperación, evaluación y gestión del conocimiento es a los que se enfrentan las bibliotecas del próximo milenio. En cuanto al título de este artículo, recomendaría que se tomara un poco menos a broma de lo que en principio se ha sugerido. Pese a lo que opine ese otro operario de la angustia, también con cierta alma de archivero, llamado Fox Mulder, lo que está ahí fuera es la información. La verdad, si en algún sitio ha de habitar, es aquí dentro. Como diría mi co-lega (el que me hace el incommensurable honor de leer conmigo) Jorge Luis Borges, en ese momento de destello prodigioso en el que un libro "encuentra el hombre al que iban destinados sus símbolos". Quizás el bibliotecario pueda hacer algo al respecto.

✍

